1.

¿Qué es la guerra asimétrica?

*Gema Sánchez Medero**

1.1 Introducción

Hasta hace bien poco, las concepciones de guerra que predominaban eran las clásicas. Pero debido a los desequilibrios existentes entre los poderes políticos, económicos y militares, y sobre todo, los hechos acaecidos a raíz de los atentados del 11-S, han aparecido nuevas formas de conflicto armado que están viniendo a contradecir las teorías de guerra que hasta ahora eran aceptadas y compartidas en las sociedades occidentales. Hecho que se ha visto agravado como consecuencia de la ofensiva iniciada por el DAESH, principalmente en Europa. En estos momentos, términos como “guerra asimétrica”, “guerra de cuarta generación”, “guerra de red”, “guerra irregular”, entre otros, están siendo empleados para explicar o definir los nuevos conflictos emergentes.

De manera que ahora más que nunca vuelve a tomar relevancia la llamada “guerra asimétrica” o la guerra entre lo infinitamente poderoso y lo infinitamente débil desde una óptica convencional. Así, la repercusión mediática, social y política de los atentados acontecidos el 11-S

* Profesora de Ciencias Políticas y de la Administración de la Universidad Complutense de Madrid.

han popularizado, incluso ha dado a conocer al gran público la llamada “guerra asimétrica”. Pero aunque este suceso haya sido el de mayor espectacularidad y notoriedad, no es el único conflicto asimétrico que se ha producido en la última década del siglo XX. Tal es así, que se podrían mencionar otros ejemplos que hacen alusión a esta forma de lucha, como: la guerra de Chechenia (1994-1996), la guerra de Somalia (1993), la guerra de Kosovo (1996-1999) o la “Intifada” (1987-1991), ya que todos ellos cumplen con las características que se presuponen normalmente a este tipo de enfrentamientos.

Por tanto, actualmente el espectro del conflicto armado se ha ampliado a dimensiones que van más allá de la puramente militar. No obstante, en este nuevo escenario los ejércitos siguen siendo la principal herramienta de los Estados a la hora de aplicar su fuerza hacia el exterior, el problema es que ahora ya no solo se enfrentarán a otros ejércitos regulares, sino que también tendrán que hacerlo frente a otro tipo de entidades que se caracterizan por su carácter transfronterizo y difuso, como son: los grupos armados, los terroristas, las guerrillas, las organizaciones criminales, los movimientos de carácter étnico, etc. Lo que dificulta indudablemente el poder de represalia del Estado agredido, y por tanto, el poder militar estatal parece haber perdido una gran parte de su utilidad, no solo en el caso de la guerra nuclear, o la convencional interestatal, sino también, y sobre todo, en la guerra contra entidades no estatales. Con esto no estamos queriendo decir que la famosa triada de Clausewitz (ejército-gobierno-sociedad) no siga estando vigente, pero ya no es válida para estas nuevas formas de guerra. Y de ahí, que la “Ley de Ascensión a los Extremos” clausewitziana necesite unos ajustes profundos, más aún cuando hoy en día, la mayoría de los conflictos que se producen en el mundo son “conflictos de baja intensidad”.

1.2 El concepto de guerra

El término “guerra” se asocia a un concepto jurídico que hace referencia al conflicto armado entre dos Estados, denominados “beligerantes”, y que tiene como finalidad hacer valer un determinado objetivo, utilizando medios que el Derecho Internacional Público reconoce y regula en el denominado “Derecho de Guerra” (Centeno, 2007, p.

36). Por tanto, la noción de “guerra” se encuentra vinculada a términos como combate, batalla o lucha, e indudablemente esto implica una ruptura de la paz y un paso hacia un enfrentamiento con todo tipo de armas y que suele producir un enorme número de muertes. Por tanto, la guerra puede ser definida como un acto de fuerza para obligar al adversario a acatar nuestra voluntad. Con lo cual los objetivos de la guerra son: el desarmen del enemigo, entendido este como el fin de su disposición para seguir combatiendo; la conquista del territorio adversario con el objetivo de privar al enemigo de fuerzas y recursos para continuar la guerra; y la defensa del territorio propio.

Así, se podría llegar a afirmar que las características de la guerra clásica son: la simetría, el método, la logística, la aplicación de los principios de la guerra y los niveles de esta. La primera hace referencia a cómo en una guerra clásica las fuerzas enfrentadas utilizan técnicas y tácticas convencionales, luchan en un teatro de operaciones con un frente definido y con un objetivo claro. La segunda, el método de lucha, se encuentra condicionado por el derecho internacional humanitario. La tercera, comprende la destreza de emplear los recursos para el sostenimiento de la guerra y el despliegue de los medios en el terreno para facilitar la maniobra. La cuarta característica, los principios de la guerra, guardan relación con el objetivo (lo que se espera obtener si se gana la lucha), la ofensiva (el ataque), la masa (la concentración del máximo poder de combate en el espacio y en momentos decisivos para obtener significativas ventajas sobre el adversario), la economía de fuerzas (la adecuada distribución del poder militar en el campo de batalla), la maniobra (la colocación del enemigo en una posición de desventaja mediante la aplicación flexible del poder de combate de acuerdo con la disposición y medios del enemigo, el terreno y el ambiente operacional) (Sohr, 1990, p. 30), la unidad de combate (la necesidad de un líder que vele por la consecución de los objetivos marcados), la seguridad (el impedimento de que el enemigo consiga una ventaja imprevista), la sorpresa (el ataque inesperado), y la sencillez (la elaboración y puesta en marcha de planes sencillos). Y la quinta, los niveles básicos de la guerra, corresponde a la estrategia (la consecución del fin de la guerra) y la táctica (la conducción de los combates).

En consecuencia, conceptualmente la guerra implica: a) Estados nacionales; b) ejércitos con capacidad de fuego, tropa y emplazamiento para entrar en conflicto con otros Estados; c) diferencias entre Estados, las cuáles resultan imposible de resolver por la vía de la negociación o la intermediación de terceros; y d) disposición de las partes en conflicto a aceptar como válidas las normas que establece el derecho internacional. Por tanto, el concepto de guerra excluye las disputas entre bandos pertenecientes a un mismo país, al valorarlas a estas como conflictos externos; las medidas de orden jurídico-militar que un régimen establece para someter a grupos insurrectos que operan contra el gobierno establecido en un país; la participación de una Fuerza Armada Nacional en la conformación de una fuerza multilateral organizada por la ONU o cualquiera de los tratados militares internacionales aceptados por el derecho internacional; y las acciones de cooperación militar o gestión armada para intervenir en un conflicto interno en razón del coste de vidas o implicaciones geopolíticas para la región.

Pero esta concepción de guerra, como hemos dicho, solo hace referencia a la confrontación entre dos Estados que aceptan las reglas internacionales y emplean tácticas militares similares, es decir, estamos hablando de la guerra regular o clásica. Pero también puede darse el caso de una lucha entre un Estado que cuenta con una gran fuerza armada y otro pequeño con un poder militar inferior. Al tratarse de guerra entre Estados, este escenario podría incluirse en la forma de guerra regular, sin embargo, un enfrentamiento militar con tácticas y doctrinas regulares entre estas fuerzas, sería inapropiado para el Estado que se encuentra con inferioridad de fuerzas, ya que su poder militar sería arrasado en poco tiempo y no tendría ninguna posibilidad de éxito (Centeno, 2007, p. 37). Por eso, el Estado débil debe recurrir a un arte de guerra distinto, asociado a las tácticas de guerrillas, o de desbalance, dándole entonces a esta forma de guerra el carácter de irregular (Centeno, 2007, p. 37).

No obstante, normalmente la “guerra irregular” no se produce entre Estados, porque esta se aleja de la doctrina clásica. Es más factible que ocurra entre una fuerza armada formal de un país y un adversario no formal. Por tanto, la guerra asimétrica tiene unos elementos definitorios: los adversarios son Estados, eso sí uno de ellos cuenta con una fuerza

superior y otro con un poder inferior; el espacio donde se desarrolla es principalmente el territorio del Estado que tiene el poder inferior; allí ocurre la ocupación y el contacto físico, aunque en el espectro internacional se despliega la fuerza intangible de ambos contendientes; y las tácticas empleadas por el Estado fuerte corresponden a la guerra regular, aunque en el desarrollo de las acciones puede recurrir al combate irregular, mientras que el Estado ocupado emplea principalmente tácticas de guerra irregular o tácticas asimétricas (Centeno, 2010, p. 78).

1.3 ¿Qué es la guerra asimétrica?

La primera vez que apareció el término de “guerra asimétrica” en una publicación especializada fue en 1995. La revista estadounidense *Joint Warfare of the Armed Forces* utilizó dicho concepto para hacer referencia a aquellas contiendas armadas en las cuales se enfrentan fuerzas disímiles, en el sentido de terrestres versus aéreas, aéreas versus navales, etc. Por tanto, para EE. UU. la “guerra asimétrica” consiste en el enfrentamiento entre adversarios de desigual potencia, y en dicha confrontación se incluye modos de acción no tradicionales, la elusión de la fuerza adversaria y la explotación de sus vulnerabilidades. De este modo, “guerra asimétrica” sería un *modus operandi* destinado a obstaculizar el empleo de medios militares clásicos y a privar a las fuerzas norteamericanas de una victoria decisiva, rápida y poco costosa en pérdidas humanas (Fatjó y Colom, 2008, p. 65). En cambio, para el Reino Unido, la “guerra asimétrica” es el empleo de métodos no convencionales (misiles balísticos y ADM) contra las fuerzas armadas o la población civil británica (Fatjó y Colom, 2008, p. 65). Para Francia, la definición hace referencia a la acción de los actores estatales o no estatales que disponiendo de un potencial militar inferior, buscan eludir las defensas francesas y explotar sus vulnerabilidades por todos los medios posibles, incluyendo los no militares (Fatjó y Colom, 2008, p. 65). Para España, la guerra asimétrica supone: una “forma sucia” de hacer la guerra de aquellos adversarios que no pueden esperar ninguna posibilidad de victoria en un combate convencional y recurren a métodos ajenos a las leyes y usos de la guerra (Ballesteros, 2007, p. 68); un método de combate en el que se utilizan procedimientos que permiten aprovechar al máximo las ventajas propias

y las debilidades enemigas (Mezt y Douglas, 2001); y una forma de guerra que es difícil de definir, pero que se basa en lo inusual, lo inesperado y en procedimientos ante los que no resulta fácil una respuesta mediante fuerzas y métodos convencionales (Gray, 2002). Incluso, la Unión Europea no está ajena a esta preocupación por la guerra asimétrica, y en el punto 4 de la Resolución B5-0698/2001 del Parlamento Europeo sobre los resultados de la reunión informal del Consejo Europeo, celebrada en Gante el 19 de octubre de 2001, pide a la Comisión, al Consejo y a los Estados miembros que, ante la cambiante situación internacional en materia de seguridad, traten cuestiones como los “conflictos asimétricos” en los que los participantes no son Estados pero pueden recibir apoyo o cobijo en Estados (Cabrerizo, 2002, p. 3).

Incluso Clausewitz consideraba que era posible recurrir a este tipo de guerra en algunas circunstancias especiales. Se refería a la guerra de liberación contra una invasión extranjera que es librada en el interior del propio país cubriendo gran parte de su extensión, aprovechando la configuración geográfica del territorio y siempre que la contienda no se decida en una única batalla (Nieves, 2006, p. 18). Eso sí, su recomendación sobre la posibilidad de conformar destacamentos irregulares se ceñía al marco legal, esto es, proponía su existencia subordinada al Estado y su ejército regular (Nieves, 2006, p. 18).

Mao Tse Tung también hizo referencia a esta forma de lucha, sin embargo, a diferencia de Clausewitz, como guerra revolucionaria. Mao trabajó teóricamente sobre la inversión progresiva de la relación de fuerzas, partiendo del presupuesto que las fuerzas revolucionarias, en un principio, tenían una desventaja respecto a las fuerzas estatales del régimen, transitando desde la defensa, pasando por el equilibrio estratégico y hasta la aniquilación del enemigo con la contraofensiva, cuando el defensor se transformaba en atacante (Tse Tung, 1972). De esta manera, efectúa una reflexión desde un momento asimétrico desfavorable (defensiva estratégica) hasta otro de asimetría favorable, de una asimetría estratégica negativa a una asimetría estratégica positiva (ofensiva estratégica) (Nieves, 2006, p. 20). Ya que la fuerza revolucionaria surge como una organización irregular, pero con la prolongación del conflicto esta trata de revertir la relación de fuerzas iniciales con la consecución de pequeñas batallas, o evitando ser derrotada.

Aunque la gran obra teórica sobre la materia es el libro *La guerra más allá de las reglas: Evaluación de la guerra y de los métodos de la guerra en la era de la globalización*, escrito por dos coroneles chinos, Oiao Liang y Wang Xiangsui, en 1999. En ella, ambos se limitaron a propugnar el empleo de cualquier clase de lucha sin tener en cuenta ninguna objeción ética ante una potencia abrumadoramente superior en fuerza, tecnología o influencia diplomática, de manera que se pudiera anular la superioridad del adversario. Con lo cual esta forma de lucha no enfatiza en la búsqueda de una paridad de fuerzas sino en la utilización de tácticas no convencionales. Aunque lo que en un principio parecía una idea descabellada, la actuación al margen de las reglas de juego y de las fronteras, se ha convertido en el santo y seña de los más débiles contra los más poderosos.

Por tanto, los conflictos asimétricos no son otra cosa que un enfrentamiento entre fuerzas de distinta capacidad y tamaño, y como tal recurren a estrategias diferentes, que en el caso de la más débil se escapa a los métodos convencionales. Aunque todavía no existe un consenso a la hora de definir y explicar esta estrategia de lucha. Tal es así, que por ejemplo, en 1997 Paul F. Herman la define como “un conjunto de prácticas operacionales que tiene por objeto negar las ventajas y explotar las vulnerabilidades (de la parte más fuerte), antes que buscar enfrentamientos directos [...]”. Un año después, Charles Dunlap (1998) añade un elemento más, al considerar que los retos asimétricos son cualquier método de lucha no convencional o barato que es usado para evitar las fortalezas del contrario y explotar sus vulnerabilidades. En este mismo sentido, Jonathan B. Tucker (1994) sostiene que “consiste en aprovechar parte de la debilidad del adversario recurriendo a armas y tácticas innovadoras y baratas a la vez, concebidas para debilitar la determinación del poderío del más fuerte y su capacidad para utilizar de manera eficaz su superioridad en términos de medios convencionales”. Colin S. Gray (2002) lo considera como “un método de combate difícil de definir pero que se basa en lo inusual, lo inesperado y en procedimientos ante los que no resulta fácil una respuesta mediante fuerzas y métodos convencionales”. Para Chenery (1999) los retos asimétricos vienen a ser cualquier método no convencional o barato usado para evitar fortalezas y explotar

vulnerabilidades. Antonio Cabrerizo Calatrava (2002) da un paso más allá porque, para él, la guerra asimétrica surge cuando concurre todo lo anterior y se adoptan formas de combate diferentes en su concepción y en su desarrollo. Pablo Bonavena (2006) señala que se califica como asimétrico a un conflicto en el cual la respuesta de uno de los protagonistas frente a su oponente no enfatiza en la búsqueda de una paridad de fuerzas sino en el empleo de tácticas no convencionales.

No obstante, la definición más acabada plantea que la asimetría implica

actuar, organizar y pensar de manera diferente al adversario para maximizar los esfuerzos relativos, tomar ventaja de sus debilidades y adquirir mayor libertad de acción. Puede ser política/estratégica, militar/estratégica, operacional o una combinación que implica distintos métodos, tecnologías, valores, organizaciones o perspectivas de tiempo. Puede ser a corto o a largo plazo. Puede también ser discreta o complementada en conjunto o con aproximaciones simétricas y tener una dimensión tanto psicológica como física (Metz, 2002).

En cualquier caso, todas las definiciones que existen hacen referencia al menos a uno de estos elementos: las distintas estrategias bélicas empleadas, la explotación de las debilidades del adversario y las diferencias de tamaño entre los contendientes. Pero eso no significa que exista un conflicto asimétrico solo por la existencia de una desigualdad numérica, tecnológica o de meros procedimientos entre las partes enfrentadas, sino cuando estos adoptan formas de combate diferentes en su concepción y en su desarrollo.

Así, atendiendo a todas estas definiciones, un conflicto será asimétrico cuando los contendientes presenten capacidades muy diferentes, obviamente, la parte potencialmente de mayor fortaleza tratará de conseguir que la lucha discurra en términos clásicos, porque de esta manera tendrá asegurada la victoria; en tanto que la parte más débil, consciente de su impotencia en el terreno militar clásico, tratará de plantear y exportar el conflicto a otros ámbitos con el objetivo, más que de obtener la victoria, de hacer que el sostenimiento del conflicto no resulte rentable al adversario. De esta forma, el rival más débil buscará la dispersión de sus fuerzas, diluirá estas con la población civil con el objeto de que sean pocos los puntos donde pueda ser vulnerable, al tiempo que se beneficiará (en términos de propaganda y de simpatía de la población residente)

de los daños colaterales que el uso de la fuerza mayor provoca. Con el único fin de intentar desgastar, debilitar y obtener ventajas actuando de forma no convencional y mediante éxitos puntuales de gran trascendencia en la opinión pública, agotar al adversario prolongando el conflicto, recurrir a métodos alejados de las leyes y usos de la guerra o emplear de armas de destrucción masiva (Cabrerizo, 2002, p. 6). Todo ello con el objetivo principal de influir en la opinión pública y en las decisiones políticas del adversario.

Una doctrina, donde las fuerzas regulares deben enfrentarse con elementos desconocidos que operan con la sorpresa tanto en métodos como en objetivos militares convencionales. Esto puede hacer que un gran ejército pierda su poderío frente a un enemigo irregular o no tradicional. Con lo cual, la guerra asimétrica obliga a reconsiderar la forma de ataque y defensa, ya que esta viene a cuestionar la efectividad de las teorías y doctrinas clásicas que consideraban que la guerra se producía solamente entre fuerzas regulares.

Pero el tema de la guerra asimétrica no es nuevo. Es más, se podría llegar a afirmar que todos los conflictos son asimétricos, ya que el parque de armamento y los sistemas de armas siempre suelen ser dispares. En todo caso, la historia militar está llena de ejemplos de conflictos asimétricos, como el caso del pueblo español contra el invasor napoleónico, los independentistas americanos que llevaron a cabo una guerra irregular contra la infantería inglesa, o más recientemente, los comunistas vietnamitas minando la retaguardia americana con la propaganda (Cabrerizo, 2002, p. 5). Incluso en el antiguo testamento se narra cómo el ejército del Rey Saúl no se atrevía a enfrentarse a las fuerzas de los filisteos, y solo un joven pastor David aceptó el desafío y venció a Goliat.

No obstante, y pese a lo que se acaba de mencionar, son muchos los que siguen considerando la guerra asimétrica como una doctrina nueva. En primer lugar, por el protagonismo de los actores no estatales en los conflictos recientes. Afirmar esto, solo sería posible si se obvia la historia de la guerra, ¿a quién se enfrentó César en las Galias a “actores estatales”?, o el ¿FLN argelino era un “actor estatal”? (Fatjó y Colom, 2008, p. 68). En segundo lugar, la privatización, pero al igual que en el

caso anterior, habría que preguntarse ¿si no muchas de las unidades militares que combatieron en la Guerra de los Treinta Años eran ejércitos privados que suscribieron un contrato con los Estados para la campaña bélica? (Fatjó y Colom, 2008, p. 68). En tercer lugar, la población civil como objetivo de las acciones bélicas. Con frecuencia se afirma que desde la II Guerra Mundial, incluida esta última, los civiles constituyen el grueso de las víctimas producidas por las guerras y que este balance no ha hecho más que agudizarse en los últimos decenios (Fatjó y Colom, 2008, p. 69). En cuarto lugar, la participación de la población civil en la defensa de sus Estados. La guerra de independencia de España es un claro ejemplo en el que el Ejército francés y sus aliados europeos tuvieron que enfrentarse a una guerra irregular con las guerrillas españolas. En quinto lugar, la creciente importancia del marco urbano como escenario de los conflictos. Entonces que ocurría en la Edad Media, ya que las guerras medievales eran mucho más guerras de asedios que batallas en campo abierto, y lo mismo se puede afirmar de la Guerra de los Ochenta años entre la monarquía de los Austrias y las Provincias Unidas (Fatjó y Colom, 2008, p. 70). Por tanto, la guerra asimétrica no consiste en una nueva forma de lucha, lo que sucede es que ahora parece ser la predominante, y esto está provocando que los países occidentales ahora sean más vulnerables ante el surgimiento de estas formas de guerrear, donde los nuevos enemigos se escapan a la amenaza de la disuasión nuclear propia de la Guerra Fría.

1.4 Las características de la guerra asimétrica

La estrategia y la táctica asimétrica:

Consiste en reflexionar, organizar y actuar de manera diferente de cómo lo hace el adversario, con lo cual maximiza sus ventajas, explota las debilidades del otro, toma la iniciativa, o gana una mayor libertad de acción. La asimetría concierne, pues, a los niveles: político-estratégico, estratégico-militar y operacional, o a su combinación. Puede implicar distintos métodos, tecnologías, valores, organizaciones, perspectivas temporales, o bien una combinación de dichos elementos. Puede ser utilizada en el plazo corto [...] o largo, deliberadamente o por defecto. Puede ser llevada a cabo aisladamente [...], o en conjunción con enfoques simétricos [...], lo cual es mejor que enfoques

unidimensionales, solamente simétricos o solamente asimétricos. Finalmente, puede revestir una dimensión psicológica [...] al igual que material (Metz, 2002).

Por tanto, se podría decir que los factores diferenciadores de los conflictos asimétricos son:

- a) Los objetivos en la guerra asimétrica: los actores que intervienen en este tipo de conflictos no están exentos de tener sus propios objetivos militares y políticos. Normalmente, los de la potencia se sintetizan en el control político del Estado víctima, y para ello, requiere doblar su fuerza y capacidad de lucha (Centeno, 2010, p. 92). Mientras que el Estado víctima requiere mantenerse como un ente internacional independiente, autónomo, en paz, libre y con el control exclusivo de sus riquezas y recursos, aunque para esto necesita que su poder y su fuerza resista ante el invasor negando la consecución de sus objetivos (Centeno, 2010, p. 92). Por tanto, el objetivo militar del Estado víctima será destruir paulatinamente a las fuerzas agresoras, buscando la descomposición moral del enemigo en lugar del combate abierto (Bonavena, 2006, p. 52), al mismo tiempo que le niega la posibilidad de lograr la destrucción de su fuerza de resistencia (Centeno, 2010, p. 92). Por eso, desarrolla operaciones militares relámpago dentro de una guerra de carácter prolongado en el tiempo y sin limitaciones espaciales (Bonavena, 2006, p. 52), evitando por ello la confrontación directa, y utilizando métodos no convencionales. Mientras que las fuerzas convencionales procuran conseguir una victoria rápida y decisiva en el campo de batalla mediante el uso masivo de la fuerza.
- b) La ofensiva: teóricamente ante la invasión de una potencia a un Estado más débil, a este le corresponde accionar su fuerza para enfrentar dicho acto hostil, y esto se traduce en su defensa o resistencia. Sin embargo, las acciones emprendidas por el Estado más débil son eminentemente de carácter ofensivo, porque buscan destruir o causar el mayor daño posible al enemigo, sin presentar un combate resuelto y utilizando elementos de combate de menor magnitud que posibiliten su rápida evasión y su empleo posterior (Centeno, 2010, p. 93).

- c) La extensión de la guerra: no cabe duda que la guerra asimétrica supone una extensión de la lucha, tras el ascenso a los extremos superiores, ahora al descenso a los extremos interiores. La guerra trasciende a todos los ámbitos. Principalmente, porque la parte más débil huye siempre del terreno militar y busca otros espacios alternativos con mayores posibilidades de éxito para enfrentarse con la parte más fuerte (Aznar, 2009, p. 178). Por tanto, si antes la guerra se hacía horizontalmente para buscar esa superioridad militar, ahora se va a realizar verticalmente y en otros planos (político, social, de los medios de comunicación, económico, entre otros) (Aznar, 2009, p. 178).
- d) La dilatación temporal: en este tipo de conflictos el enemigo asimétrico suele conformarse con no perder, por lo que es difícil conseguir éxitos a corto plazo, lo que prolonga el conflicto en el tiempo (Cabrerizo, 2002, p. 9). La búsqueda de éxitos rápidos, muy contundentes, puede generar daños en la población civil, lo que conduciría a que sectores de la misma se alinearán a favor de la causa, dificultando la acción de las fuerzas convencionales (Cabrerizo, 2002, p. 9) y prolongando con ello, el conflicto en el tiempo. De esta manera, la fuerza irregular trata de obtener la victoria desarrollando acciones a largo plazo, desgastando a su enemigo y llevándolo a una situación en la que demuestre su imposibilidad de obtener una victoria, y por lo tanto, le permita colocarse en una posición que le garantice obtener ventajas significativas. Mientras que la fuerza regular, dado el esfuerzo logístico que conlleva la dilatación de una operación moderna, la presión gubernamental, e incluso la presión popular, tendrá que obtener resultados tangibles y rápidos.
- e) Los actores: al menos uno de los bandos es una organización regular y su contrincante utiliza formas de luchas cercanas a la guerra de guerrillas u otros métodos no convencionales de combate. Así, mientras que la organización regular cuenta con un alto grado de organización y orden en la batalla, la fuerza irregular posee un nivel de organización interno muy limitado o celular y un orden de batalla amorfo (Bartolomé, 2001, p. 121). Aunque ese

escaso nivel de organización no inhibe la identificación de tres estratos básicos ad intra de los grupos insurgentes: el grupo de jefes (5%), por lo general asentados en áreas urbanas, un núcleo reducido de combatientes con armamento sofisticado (10-20%), y una masa (75-80%) de combatientes peor armados —muchas veces compuesto por jóvenes, ancianos y mujeres— y adherentes, con roles de importancia en apoyo, inteligencia y contrainteligencia (Bartolomé, 2001, p. 122).

Además, la fuerza irregular trata de involucrar a la población civil, no solo desde el punto defensivo, sino ofensivo. Un ejemplo, sería la Venezuela actual donde esa participación ciudadana se materializa a través de nuevas unidades de reserva civil, denominadas en su conjunto como “Reserva Nacional Bolivariana”, y dependientes del Presidente de la República a través de un Comando General de la Reserva. Así, la población común, convenientemente organizada y entrenada, interactuará con los militares regulares en el rechazo a las fuerzas invasoras y sus apoyos locales, combatiendo en los ámbitos urbano y rural en forma descentralizada e indefinidamente (Bartolomé, 2008, p. 58).

Otro actor sería las compañías legales autodenominadas “empresas internacionales de seguridad” o “empresas militares privadas”, y conocidas usualmente bajo el rótulo de “ejércitos privados” (Bartolomé, 2001, p. 141). En muchos casos, estas empresas se limitan a proveer equipos y entrenamiento a gobiernos asediados por insurgencias, sin entrar en combate, mejorando la efectividad de sus instrumentos militares (Bartolomé, 2001, p. 140).

- f) La desnacionalización y la desterritorialización: el oponente puede tener una base no nacional o transnacional, lo que dificulta su identificación y su localización. Por tanto, no hay forma de territorializar el fenómeno, de configurarlo en un continente, una raza o una población (Sifaoui, 2004). Ya que el nuevo enemigo se encuentra difuso, no consolidado en un área geográfica determinada, camuflado entre la población civil y dentro de un Estado cuyo gobierno no colabora con Occidente.

- g) El terreno: los adversarios más débiles tratarán de evitar enfrentarse a un ejército regular en aquellas zonas que permitan hacer un uso más amplio de sus capacidades. Preferirán enfrentarse en lugares donde la superioridad tecnológica pueda ser eclipsada, como en zonas de difícil acceso, terreno y vegetación prohibitivos, localidades y áreas urbanizadas o enmascarándose en la población civil o en las masas de refugiados (Cabrerizo, 2002, p. 6). Mientras que los ejércitos regulares tratarán de evitarlo por las dificultades, los riesgos y el grado de compromiso que exige este tipo de terrenos. En todo caso, no existen frentes claros de batalla ni teatros de operaciones. Dado que la formación de un frente de batalla no es una meta para quienes dirigen la guerra asimétrica, sino que más bien tratan de encontrar los puntos débiles en la defensa enemiga mediante la extensión de las acciones, lo que dificulta evaluar el lugar geográfico de los posibles objetivos que podía elegir la fuerza irregular. Téngase en cuenta que las fuerzas irregulares utilizan tácticas no convencionales de aproximación al enemigo. Por tanto, sus acciones militares no se ciñen a una territorialidad precisa, y sus golpes y contragolpes configuran un teatro de operaciones muy amplio, desdibujando los frentes de batalla y teatros de operaciones.
- h) El armamento: es muy diferente, ya que las fuerzas irregulares carecen de instrumentos sofisticados, mientras los ejércitos regulares utilizan los más avanzados tecnológicamente. El bando más débil procura explorar distintas vías de tecnología para tratar de paliar su desventaja, nutriendo su poderío militar de expropiaciones de pertrechos al enemigo, de la fabricación artesanal de armamento y explosivos, o intentando adquirir armamento según sus posibilidades económicas. Nada complicado, puesto que la red está llena de manuales de cómo fabricar bombas, armas químicas, etc. En cambio, los ejércitos regulares tienen a su disposición todo un equipamiento de la más avanzada tecnología que, sin embargo, no siempre es totalmente efectivo para poner fin a las incursiones de las fuerzas insurgentes. Además, las unidades de combate regulares consumen grandes cantidades

de munición, combustible, repuestos y vituallas, dando lugar a largos y complejos trenes logísticos, mientras que las irregulares se encuentran poco condicionadas por factores logísticos, dado que sus necesidades de munición y alimentos son limitadas, sus enseres son fácilmente transportables y cuentan con apoyo civil, así, no hay vías ferroviarias, caminos, puentes ni depósitos que atacar por parte de las unidades regulares, a efectos de reducir su capacidad operativa (Bartolomé, 2001, p. 123).

- i) La táctica: la sorpresa es un elemento esencial para la fuerza irregular. El bando más débil siempre pretende aprovechar su capacidad militar en forma atípica realizando acciones que presumiblemente no podrían ser anticipadas por el enemigo, aumentando y fomentando la incertidumbre. Son acciones en muchos de los casos de gran simplicidad, gran efecto y de bajo coste logístico y financiero. La sencillez es crucial si los planes van a ser ejecutados de forma detallada, progresiva y en los escalones más bajos de la organización. Así, las acciones deben ser simples y las órdenes concisas y claras para reducir al mínimo la confusión y el riesgo de la incomprensión de los mismos (Centeno, 2010, p. 98). Por tanto, el éxito de las fuerzas irregulares depende en gran medida de la simplicidad de sus operaciones. Además, deben producir el mayor daño posible en la fuerza agresora, empleando para ello los medios asignados y apropiados para cada misión. De ahí, que las capacidades de las armas, explosivos y sistemas, deben ser explotadas al máximo, puesto que la fuerza agresora es abrumadoramente superior.

En la guerra asimétrica vale todo, ya que la fuerza irregular tiende a violar los pactos internacionales que regulan los combates armados, sabedores que el enemigo se encuentra sujeto a los compromisos morales, jurídicos y sociales propios de los Estados constituidos. Así, la fuerza irregular opera fuera del comportamiento internacional aceptado, asumiendo el conflicto al margen de la norma, como otra forma de obtener ventaja frente al adversario. Sus acciones militares no se ciñen a una territorialidad precisa, y sus golpes y contragolpes configuran un teatro de operaciones

muy amplio, sin lugar definido previamente con alguna claridad, desdibujando los frentes de batalla y teatros de operaciones, no hay frentes claros y definidos de batallas y la guerra se globaliza (Bonavena, 2006). Además, las acciones militares irregulares enfatizan los encuentros individuales sobre las grandes batallas. Por tanto, el bando revolucionario permanecerá oculto para conservar sus fuerzas hasta que considere que es el momento propicio para golpear al enemigo, e inmediatamente después se retirará y se mezclará entre la población civil. Se trata de evitar la confrontación en los puntos fuertes del enemigo, buscando explotar sus zonas más vulnerables. La meta ideal es lograr un efecto desproporcionado, especialmente moral, respecto a la inversión involucrada en la acción, al mismo tiempo que intenta desgastar políticamente la relación entre las poblaciones y gobernantes en los países más poderosos. Como ocurrió, por ejemplo, en Vietnam (1958-75), Cuba (1956-59), Indochina (1945-54), Rusia (1941-45), China (1927-49), Arabia (1916-18), España (1808-14), entre otros.

En cambio, la fuerza regular sujeta sus acciones a unas “reglas de empeñamiento” que limitan aún más su capacidad para enfrentarse a la insurgencia. Un ejemplo de estas podría ser la prohibición de abrir fuego en zonas urbanas. Además, su doctrina es clara y coherente, abarcando los objetivos que se perseguirán, los recursos que se necesitarán, la forma en que se organizarán y desplegarán, las armas que se emplearán y la manera que se utilizarán (Bartolomé, 2001, p. 125), pero como contrapartida tienen un gran desconocimiento del terreno, una falta de entrenamiento de las tropas para este tipo de guerras, compleja y lenta cadena de mandos, etc. Esto hace que los movimientos de las tropas regulares sean altamente predecibles y con bajos índices de creatividad y flexibilidad, permitiendo que el oponente tome la iniciativa. Mientras que las tropas irregulares tienen una estructura que suele caracterizarse por tener una dirección centralizada que es complementada por unas unidades operativas descentralizadas y autónomas, lo que les permite estar presentes en todos lados.

- j) Los soldados: los ejércitos convencionales desarrollan la cohesión, la disciplina y el profesionalismo mediante un proceso de adiestramiento y adoctrinamiento ideológico basado en la dominación y la explotación. El soldado de los ejércitos regulares es producto de un sistema que lo saca de su vida normal y lo convierte en un profesional para el uso de la fuerza y la violencia letal. Él es responsable ante su cadena de mando, y cumple las órdenes de sus superiores, actuando para lograr las metas marcadas por su Estado.

Por el contrario, los soldados de las fuerzas irregulares han sido convenientemente discriminados por Peters (1994) en una tipología básica que reconoce cuatro clases, en función de los grupos sociales de los cuales provienen. Una primera que engloba a guerreros provenientes de las clases sociales bajas, carentes de educación y víctimas de cierto resentimiento social, que encuentra un nuevo sentido de dignidad personal a partir de su incorporación al grupo insurgente. La segunda que está constituida por jóvenes que se ven repentinamente privados de educación y dirección debido al colapso de ciertas instituciones sociales, y eso hace que se refugien este tipo de organizaciones. La tercera que la conforman aquellos que luchan por una fuerte convicción. Y la cuarta categoría que la integran los individuos que han fracasado en su carrera militar tradicional, pero dado sus actitudes les permiten ocupar puestos de relevancia en las organizaciones irregulares. Además, la cadena de mando es menos jerarquizada y burocratiza que la del soldado regular, por lo que su capacidad de actuación permite mayor flexibilidad y rapidez a la hora de efectuar sus golpes.

- k) La comunicación como arma: se emplean los medios de comunicación para potenciar al máximo los efectos de la acción y del terror. Los grupos irregulares utilizan todos los medios para dar a conocer sus hazañas o anunciar nuevas acciones, ya que la guerra no solo se lleva a cabo en el espacio físico, sino también en el ámbito inmaterial de la comunicación y las percepciones populares. Se trata de mantener y acrecentar la moral de las propias

fuerzas, al mismo tiempo que se erosiona la voluntad de combatir del enemigo. Aunque durante gran parte de la historia bélica, las actividades comunicativas y propagandísticas han sido contempladas por los estrategas militares como elementos secundarios y meros refuerzos de una estrategia centrada en la destrucción física del enemigo, lo cierto es que su importancia no ha cesado de crecer al tiempo que la guerra ganaba en complejidad. Además, desde la aparición de Internet se puede eludir más fácilmente las restricciones que imponen los propios medios de comunicación, ya que ahora los distintos actores pueden transmitir directamente sus mensajes y videos, incluso la red permite generar un volumen superior de interacciones con una comunidad global que no necesita ni ubicación geográfica concreta y ni siquiera de un conocimiento físico entre ellos.

1.5 Los conflictos asimétricos presentes en el mundo actual

Ahora se inicia una etapa donde los conflictos están dominados por un fuerte desequilibrio en el compromiso de las partes enfrentadas. Cada vez más a menudo, uno de los protagonistas lucha por una apuesta que juzga vital mientras que el otro no encuentra en el conflicto más que intereses estratégicos (Manwaring, 2001). Así, un claro ejemplo de los cambios que está experimentando la naturaleza de la guerra es el terrorismo de Al-Qaeda. Los atentados del 11-S cumplen con las características anteriormente citadas, además a partir del mismo, el término de “guerra asimétrica” recobra importancia:

1. Al Qaeda no es un Estado porque no tiene un territorio, pese a que encontró refugio en Afganistán, que más que un país podemos considerarlo un territorio habitado por disímiles y encontradas etnias y grupos tribales (Bolívar, 2002, p. 49). Pero lo que les une es una base trasnacional: la religión. En todo caso, el grupo que realizó los atentados no conforma ninguna entidad estatal, por tanto no hay manera de territorializar el fenómeno.

2. El método que utilizaron era totalmente inesperado y desconocido hasta esos momentos. A nadie nunca se le había ocurrido estrellar aviones comerciales contra unos rascacielos llenos de gente, por no hablar de lo barato que resultó y el alto impacto mediático que alcanzaron dichos ataques, dada cuenta que las aeronaves fueron secuestradas y las acciones terroristas fueron programadas para ser retrasmittidas por las cadenas televisivas de todo el mundo.
3. Los efectos que causaron fueron desproporcionados por su contundencia y su sincronía. No olvidemos, que los daños que ocasionaron solo en la ciudad de Nueva York fueron de 50\$ millones, además de provocar una profunda crisis en la industria aeronáutica estadounidense. Además, no es lo mismo cuatro ataques repartidos en un año que cuatro que se producen en la misma hora.
4. La elección de los objetivos, el World Trade Center en Nueva York y el Pentágono en Washington, suponía, respectivamente, un ataque directo al centro de expansión financiera y militar de la mayor potencia mundial.
5. Las víctimas mortales llegaron a cifras escandalosas, cerca de seis mil, el doble que las sufridas en los ataques a Pearl Harbor. Lo que se tradujo en una psicosis generalizada en el pueblo estadounidense, que había visto como había dejado de disfrutar de esa sensación de permanente seguridad que parecía haberse instalado en su país.
6. La repercusión mediática que obtuvieron estas acciones terroristas fue brutal, ya que fueron calculadas para que lograran la máxima atención de los medios de comunicación.
7. Los ataques se encontraron fuera del comportamiento internacional aceptado y acorde con sistemas de valores radicalmente diferentes a los países occidentales.
8. La reacción del Estado agredido no se hizo esperar, lanzándose a invadir a Irak, pero el conflicto se perpetuo en el tiempo, ya que una buena parte de la población no solo dio cobijo a los insur-

gentes, sino que se convirtió en el principal punto de resistencia contra lo que consideran el invasor.

En definitiva, una serie de elementos que permiten afirmar que una entidad no estatal, como en este caso, o estatal, pero de menor estructura estratégica, puede asestar golpes de contundencia estratégica a un oponente más fuerte a través de la aplicación de estrategias, técnicas o medios no convencionales, no tradicionales, es decir, asimétricos (Bolívar, 2002, p. 51). Así, los actores de menor calado pueden salir airoso de un enfrentamiento contra un actor superior, porque como bien sostienen Metz y Johnson (2001): “La aproximación de una estrategia asimétrica integrada con otras técnicas simétricas es mucho más poderosa que basarse solamente en métodos simétricos o en métodos asimétricos”. Por tanto, sería necesario efectuar una profunda reflexión sobre cómo redefinir nuestras Fuerzas Armadas para ser eficaces ante una forma de lucha, la asimétrica, que parece que será la imperante en este siglo, y ante la que hasta el momento los ejércitos regulares no están siendo capaces ni de frenar ni vencer. En todo caso, está claro que el mundo ya no volverá a ser igual tras los ataques perpetuados el 11 de septiembre, y ahora toca innovar y buscar alternativas a la manera de organizarse y operar de los ejércitos convencionales.

1.6 Ganar en una guerra asimétrica

No son pocos los que sostienen que pequeñas fuerzas irregulares pueden derrotar a complejos y poderosos ejércitos, siempre y cuando utilicen la estrategia y táctica adecuadas. Ho Chi Minh describió esa estrategia como “un tigre enfrentando a un elefante”: si el tigre permanece quieto, el elefante lo arrollará y aplastará; pero el tigre debe ir por la retaguardia del elefante, atacándolo por atrás y por los flancos, para luego ocultarse en la espesura de la selva, y recomenzar otra vez el ciclo (Bartolomé, 2001, p. 126). De esta manera, lentamente el elefante se agotaría, debilitaría y moriría (Bartolomé, 2001, p. 126). Es lo que le sucedió a EE. UU. en el Vietcong, la guerra más importante de la posguerra. Un informe de la Oficina de Análisis Estratégico del Pentágono, fechado en 1968, da la razón a Ho, ya que estimó que el 75% de los combates registrados entre las tropas norteamericanas y los insurgentes tuvieron lugar en con-

diciones de tiempo, lugar, tipo y duración planteados por estos últimos; por la misma fecha otro dossier, esta vez de la CIA, calculó que menos del 1% de las más de 2 millones de operaciones militares conducidas por EE. UU. entre 1966 y 1968 había resultado en contactos positivos con el Vietcong (Bartolomé, 2001, p. 126).

No obstante, este conflicto se caracterizó por transcurrir sin la formación de las tradicionales líneas del frente, salvo las que se establecían alrededor de los perímetros de las bases o campos militares, proliferando así la “guerra de guerrillas”, junto con acciones de sabotaje en las retaguardias de las áreas urbanas, el uso de la fuerza aérea para bombardeos masivos y el empleo extensivo de agentes y armas químicas. Así, las fuerzas norteamericanas desplegaron un gran número de tropas y pensaron en conseguir la victoria con un pensamiento de guerra de desgaste, buscaron la derrota de las fuerzas insurgentes a base de aplicar una potencia de fuego y una tecnología superior. Mientras que las tropas irregulares forzaban a luchar en la forma, duración, tiempos y lugares que ella elegía. Usaron túneles, porteadores, animales y bicicletas para el traslado de suministros, capturaron material enemigo, tenían una importante red de inteligencia que consiguió infiltrarse en todos los ámbitos. Las bajas civiles volvieron a la población en contra del Gobierno. Por tanto, la participación del pueblo fue esencial, ya que la mayor parte de la población civil fue movilizadada para algún tipo de participación activa, y su inclusión en el conflicto terminó por declinar la balanza a favor de las fuerzas irregulares. De tal forma, que la guerra de Vietnam puso en evidencia que las estrategias clásicas se derrumban como un castillo de naipes, mientras que las teorías hasta entonces imperantes, como la del dominó, ya no tenían validez.

Pero la guerra de Chechenia también vino a poner en evidencia el poder militar convencional ante un conflicto asimétrico. Si Rusia fracasó fue por la falta de entrenamiento de las tropas (en buena medida infantes de marina preparados para operaciones anfibias), y de formación de sus jefes para combatir en conflictos de características intraestatales, rurales y urbanos; la limitada utilidad del armamento pesado en estos eventos, tornándose relativo el valor de una mayor potencia de fuego; la ineficacia de los sistemas logísticos implementados, que requerían elevada

complejidad; la idéntica situación respecto a los sistemas de comando y control, generándose un deficiente empleo y distribución de fuerzas; y el desconocimiento del terreno, lo que redundó en una alta exposición a las emboscadas, sabotajes y escaramuzas de los chechenios (Bartolomé, 2001, p. 142). Además, las operaciones masivas y en gran escala generaron un doble efecto pernicioso: por un lado, fortalecieron las tendencias etnonacionalistas en la población, inclusive en aquellas franjas que inicialmente deseaban permanecer bajo la égida de Moscú; y por otro, la aparición de severos dilemas éticos y morales en Rusia respecto a las acciones de Chechenia (Bartolomé, 2001, p. 144). Lo que viene a demostrar, como decía Lawrence de Arabia, el empleo de FF.AA. tradicionales contra tropas no regulares era tan inútil como “tomar sopa con un chuchillo”.

Además, como sostenía Sir Basil Liddell Hart en una buena parte de su obra, las fuerzas regulares para hacer frente a las fuerzas irregulares debían ajustar sus fines a sus medios, es decir, tienen que establecer unos objetivos abarcables y reales; existe más de un camino para lograr el objetivo, por tanto, en ocasiones la consecución de objetivos intermedios permite alcanzar el objetivo final; poseer objetivos alternativos lo que le permitirá obtener un objetivo, de modo, que no deje que sus acciones revelen sus objetivos, como una forma de poner a su enemigo entre la espada y la pared; tener previsto contingencias y acciones para el próximo paso, para que transcurra el menor tiempo posible en la explotación y adaptación de planes; pensar como actuaría nuestro enemigo para intentar anticiparse a sus acciones; no pelar con todo su peso mientras que su enemigo esté en guardia o bien parado para eludirlo o evadirse; y no reiniciar una acción en la misma línea una vez que haya fallado. Pero a estas medidas habría que añadir otras, como: entrenar a los soldados en nuevas tácticas de intervención y vigilancia para hacer frente al nuevo enemigo y ejecutar acciones contra la amenaza con ánimo de limitar su libertad de acción. Estas incluyen la destrucción, neutralización o conquista de puntos claves necesarios para la maniobra de las fuerzas adversarias, sin necesariamente haber realizado un ataque directo contra ellas (Cabrerizo, 2002, p. 21), pensar otras formas de intervención militar, más flexibles y que se ajusten más a las que adoptan las fuerzas irregu-

lares, y contrarrestar los efectos de la propaganda subversiva mediante una extensa campaña psicológica y propagandística que tenga repercusión en el interior y en la opinión pública mundial. Factores que deben ser tenidos en cuenta por las fuerzas regulares, más cuando Van Creveld (1991) ha previsto que en el futuro predominarán los conflictos de baja intensidad. Tal vez, por su efectividad. Más cuando pueden paralizar o influir en los más poderosos sin movilizar muchos recursos, haciendo que no haga falta ser fuerte para cambiar la historia del mundo (Aznar, 2009, p. 176).

1.7 La prevención de los conflictos asimétricos

Está claro que para intentar anticiparse a los planes y los golpes del enemigo asimétrico, los órganos de inteligencia y las fuerzas especiales de los distintos países deben buscar conjuntamente otras formas de intervención militar y abandonar los medios convencionales que resultan insuficientes para vencer o frenar al enemigo asimétrico. Por tanto, a partir de ahora los Estados tendrán que centrarse en nuevas formas de acción como, por ejemplo:

1. Colaborar en la reorganización de la vida política, económica y cultural que permita cesar las causas de la violencia y restablecer las condiciones de vida necesaria para recuperar la normalidad. En este sentido, habrá que promover los derechos políticos y sociales, el Estado de derecho, y la reforma democrática, poner fin a la ocupación y atender a las principales reivindicaciones, luchar contra la delincuencia organizada, reducir la pobreza y el desempleo, y evitar la desintegración de los Estados. El objetivo debe ser que esa población pueda defenderse y vivir por sí misma, ya que el apoyo y control de la población civil de la zona será fundamental para conseguir el éxito de las operaciones.
2. Desarrollar políticas sociales que puedan venir a cubrir las expectativas de la población, como una manera de desmontar el discurso insurgente que se ha convertido en un elemento clave de la movilización y vertebración de la violencia. Téngase en cuenta que muchas de las organizaciones insurgentes y terroristas pro-

veen a sus miembros y simpatizantes, incluso al público en general de una serie de servicios que contribuyen a mejorar su bienestar social, educación, salud, etc. Pero además estas instituciones también proporcionan alimentos y asistencia monetaria a las familias de aquellos que murieron y fueron heridos al perpetrar actos terroristas (Sánchez Medero, 2008b, p. 55). Por ejemplo, Hamas facilita a las familias de los mártires un aporte que oscila entre 500 a 5000 dólares, así como una pensión mensual. Pero ahí no acaba la ayuda que les proporcionan, la “Dawa” además les concede a los familiares becas de estudio y subsidios educativos, asistencia financiera destinada a la reconstrucción de hogares demolidos, debido a la vinculación de sus propietarios con el terrorismo; ayudan a los palestinos heridos, reconstruye los hogares destruidos, entre otros (Sánchez Medero, 2008b, p. 55). Es decir, todo un entramado de servicios sociales que cubren parte de las necesidades de una población a la que parece que el Estado le ha dado la espalda. Así, si se estableciera un programa fuerte de políticas sociales que viniera a cubrir parte de las necesidades de la población de estos Estados, seguramente, la población civil dejaría ser en buena parte encubridora de estas fuerzas insurgentes.

3. Reforzar la cohesión nacional interna procediendo a la renacionalización intensa de la población propia, sobre todo de las clases menos pudientes y de las partes susceptibles de ponerse al servicio del agresor (por orígenes, educación, cultura, religión, etc.) (Verstrynge, 2007, p. 249).
4. Potenciar todas las fuentes de información, tanto civiles como militares, siendo conveniente montar acciones de alcance variable y con finalidad primordialmente informativa. Se impone la búsqueda del dominio de la información para influir en la percepción enemiga de la situación y en la toma de decisiones y, por supuesto, proteger las propias. Dado que la construcción de información fiable para adelantarse al enemigo es fundamental. Las tácticas de infiltración son un recurso muy utilizado.

5. Establecer una estructura jurídica que sienta las bases para la captura, cautiverio y reinserción de las fuerzas hostiles (Cabrerizo, 2002, p. 23). El problema es que el ordenamiento jurídico siempre va muy por detrás de las nuevas amenazas que parece estar padeciendo las sociedades modernas en la última década. Válganos como ejemplo, la escasa tipificación de delitos informáticos. En todo caso, hay que señalar, que otros de los problemas jurídicos, es que la autoridad legal para imponer medidas de lucha contra el terrorismo sean exclusivamente los Estados soberanos. No existen tribunales internacionales competentes para enjuiciar a un delincuente que secuestra o atente contra objetivos civiles. Así, los instrumentos jurídicos desarrollados en las últimas décadas para combatir estos delitos solo pueden aplicarse mediante leyes nacionales.

En este sentido, también es necesario mencionar el esfuerzo que están realizando algunas instituciones internacionales para establecer medidas y procedimientos para intentar combatir los actos terroristas. Por ejemplo, la Unión Europea ha planteado diversas respuestas normativas y se han adoptado instrumentos de carácter convencional (ej. Convenio Europeo contra el Terrorismo), así como la creación de organismos especializados a este respecto (ej. Comité de Expertos sobre el Terrorismo). Las Naciones Unidas también han asumido un papel protagonista en la lucha y la erradicación del terrorismo internacional. Todos los órganos de la ONU, de un modo u otro, están participando en la adopción de medidas, de diverso tipo, destinadas a combatir y reprimir el terrorismo o se pronuncian en torno a este fenómeno. Además, han elaborado instrumentos jurídicos de carácter convencional, como por ejemplo, el Convenio Internacional para la Represión de los Atentados Terroristas, o el Convenio Internacional para la Represión de la Financiación del Terrorismo.

6. Coordinar con el resto de organizaciones y fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado el planteamiento, preparación y conducción de las operaciones para erradicar las facciones armadas, restablecer el orden o contribuir a la pacificación de la zona (Cabrerizo, 2002, p. 23). Así, la necesidad de una seguridad de ca-

rácter integral cada día se torna como más necesario, dado que la inseguridad, no es sino una manifestación de otros fenómenos sociales que deben afrontarse. Además, la falta de descoordinación solo contribuye al solapamiento de funciones y, por tanto, a la ineficacia e ineficiencia en la resolución de los problemas. Por ejemplo, una de las principales actuaciones que se han realizado en España en este sentido, ha sido la creación del Comité Ejecutivo del Mando Único Antiterrorista (CEMU) del que depende el Centro Nacional de Coordinación Antiterrorista (CNCA), o la disponibilidad de las huellas digitales como el banco de ADN al Cuerpo Nacional de Policía, la Guardia Civil, los Mossos de Esquadra y la Ertzaintza.

7. Los órganos de inteligencia y las fuerzas especiales de muchos países deben actuar simultáneamente con la intención de anticiparse a los planes del enemigo asimétrico, silencioso y oculto, que puede asestar terribles golpes cuando lo desee, utilizando cualquier medio a su disposición (Cabrerizo, 2002). Se hacen necesarias la coordinación e integración adecuadas que permitan un aprovechamiento mutuo de los medios para obtener las máximas ventajas (Cabrerizo, 2002), y aumentar la eficacia y eficiencia de estos servicios. Aunque, la voluntad de cooperar con otros Estados resulta complicada, puesto que ningún país está dispuesto a ceder información que puede ser útil para la salvaguarda de sus intereses nacionales. La clave para lograr este entendimiento es encontrar unos objetivos comunes y en el que se logre un equilibrio de poder entre los actores, de tal manera, que ninguno se vea en una posición desproporcionada por el incremento de beneficios para un actor en detrimento de los otros Servicios de Inteligencia.